

## La historia de las estructuras<sup>1</sup>

Krzysztof Pomian<sup>2</sup>

Si hubiera que asignar al estructuralismo una fecha de nacimiento, ésta sería sin dudas 1916, cuando los discípulos de Ferdinand de Saussure publicaron su *Curso de Lingüística General*. Siguiendo las huellas de ese libro, entre las dos guerras se desarrolló la actividad de los círculos lingüísticos de Praga y de Copenhague, marcada por los trabajos de Trubezkoy y de Jacobson, por una parte, y de Hjelmslev, de otra. Luego, el estructuralismo penetra en la historia de las *religiones*, con los trabajos de Georges Dumézil, y en la antropología; a causa de la guerra, ello se hace manifiesto con retraso, tras la publicación en 1949, de las *Estructuras elementales de parentesco*, de Claude Lévy-Strauss. Sin embargo, los debates alrededor de esta nueva corriente y del papel que pretende desempeñar estallan sólo a fines de los años 50, tras la publicación de la

1. Tomado de *La Nouvelle Histoire*, bajo la dirección de Jacques Le Goff. París, Éditions Complexe, 1998, pp. 109-136. Traducido por Josefina Castro Alegret y reproducido en Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González (Editores). *La Historia y el oficio de historiador. Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996, pp. 59-83.
2. Historiador y profesor titular de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa y Director del Instituto de la Historia de la Revolución en la Universidad La Sorbona, París I, quien ha publicado numerosos libros y artículos.



*Antropología estructural* del mismo autor (1958). Comienzan entonces a plantearse preguntas sobre el sentido y los usos del término “*estructura*”, acerca de las relaciones entre el acercamiento estructural y el acercamiento genético,<sup>3</sup> y también sobre la validez de la historia.

El capítulo de *Antropología estructural* consagrado a esta última cuestión conduce de hecho a rehusar a la historia el derecho de autodefinirse como ciencia social.

En su *Historia y ciencias sociales. La larga duración*, Fernand Braudel muestra que la historia, lejos de encerrarse en el estudio de los *acontecimientos*, no sólo es capaz de desprender las estructuras, sino que a esa tarea debe consagrarse en primer lugar. Por el camino, el autor precisa también el sentido que los historiadores dan al término mismo de estructura:

*“Por ‘estructura’, los observadores de lo social entienden una organización, una coherencia, relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, historiadores, una estructura es ensamblaje, arquitectura, pero aún más una realidad que el tiempo usa poco y acarrea muy largamente. Algunas estructuras, al vivir mucho tiempo, se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: ellas estorban a la historia, la molestan y, por tanto, determinan su devenir. Otras resultan más rápidas en desvanecerse. Pero todas son a la vez sostenes y obstáculos. En tanto obstáculos, aparecen como límites (envolturas, en el sentido matemático), respecto a las cuales el hombre y sus experiencias pueden apenas librarse. Piénsese en la dificultad de romper*

3. Sens et Usage du terme structure dans les sciences humaines et sociales, Paris-La Haya, Mouton, 1963; Entretiens sur les notions de genèse et de structure, Paris-La Haya, Mouton, 1965.



*determinados ámbitos geográficos, algunas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, véase a tales o cuales barreras espirituales: los contextos mentales también son prisiones de larga duración”.*<sup>4</sup>

## Un ejemplo: Las estructuras del lacio medieval

Los debates de hace 20 años ahora han quedado atrás. En nuestros días, la historia estructural no es ya objeto de votos o de postulados. Ya no tiene que demostrar su legitimidad. O más bien, la demuestra cada vez que aparece una nueva obra que se reclama de ella y que añade algo importante a nuestra comprensión del pasado. Por ello, si se quiere comprender la historia estructural, no debe partirse de declaraciones de principio, sino de las obras mismas. Escogeremos una reciente: *Las estructuras del Lacio medieval*.<sup>5</sup> Tal título, dicho sea de paso, habría sido inconcebible hace 30 o, incluso, 20 años.

Aún hoy asombra la palabra “estructura” en los títulos de los libros históricos, y habitualmente está seguida de un epíteto que limita su significación. Aquí, nada de eso. El libro de Pierre Toubert se anuncia de entrada como estudio de un conjunto de estructuras en una región bien determinada: el Latium meridional y la Sabina,<sup>6</sup> durante un período determinado, del siglo IX hasta fines del XII. Ejemplo notable de historia estructural, tal y como

4. F. Braude. “Histoire et Sciences sociales. La longue durée”, en *Annales E.S.C.*, No. 4, octubre-diciembre de 1958, pp. 725-753. (Retomado en *Écrits sur l'histoire*. París, Flammarion, 1969, pp. 41-83).
5. P. Toubert. *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IX<sup>e</sup> siècle à la fin du XII<sup>e</sup> siècle*. Roma, École française de Rome, 1973.
6. El Lacio es la región de la Italia peninsular que rodea a Roma. La Sabina, antiguo país de los sabinos, constituye la parte este del Lacio, que



se le practica en nuestros días, él nos permitirá mostrarla en acto. Hecho esto, podrá recorrerse rápidamente el camino que condujo a los historiadores a abandonar los hechos en provecho de las estructuras. Presentaremos luego los problemas actuales de la historia estructural y las nuevas orientaciones que con probabilidad devendrán dominantes en un futuro cercano.

“No podrían –decía Marc Bloch– buscarse los orígenes de una cosa que no se conoce primero claramente”. En este caso, no podría hacerse la historia de la estructura agraria del Lacio antes de haber descrito sus componentes. Pues, ella ocupa el centro del libro de Pierre Toubert. Mirémosla un poco más de cerca. Al comparar las aldeas diseminadas en el Lacio meridional y en la Sabina se descubre, más allá de las variaciones locales, cierto número de constantes. El hábitat está por doquier concentrado en sitios elevados y las parcelas cultivadas están dispersas por donde quiera. Igualmente, se observa por doquier una organización concéntrica del espacio cultivado.

Los más cercanos al hábitat son los terrenos de policultivo de víveres; seguidos, en algunos casos, por los terrenos de cultivo especializado donde alternan los cereales de invierno y las leguminosas que sirven de complemento, y por las plantaciones de cañamo. Vienen después los campos de trigo y, aún más lejos, en la frontera entre el *cultum* y el *incultum*, las praderas naturales. Los viñedos, eliminados de los sectores más cercanos al hábitat, se extienden a lo largo de las antiguas vías consulares, se agarran con fuerza a las laderas pedregosas,

abarca las primeras cadenas de los Abruzos (llamada ahora la provincia de Rieti).



colonizan las tierras bajas y húmedas. A esos tipos de terreno corresponden diferentes sistemas de cultivo:

- intensivo, cuando se trata de los de policultivo de víveres, “terreno del instrumento manual y de los sistemas de cultivo basados en la doble acumulación del trabajo humano y de los abonos necesarios a la reconstitución de los suelos sometidos sin tregua a relaciones agotadoras”;
- extensivo, en el cual el terreno se deja descansar con una duración variable, en el de las tierras dedicadas a los cereales.

A la vista de tal organización del *Cultum*, queda claro que cada explotación campesina sólo puede estar compuesta por parcelas dispersas. Igualmente resulta evidente que la red de vías de circulación debe ser muy densa. Por último, está claro que “la ocupación del suelo y la distribución de las parcelas postulaban un hábitat rigurosamente concentrado”. Si un elemento de este conjunto cambia, los demás pierden su razón de ser. Estamos con seguridad ante una estructura.

### **Un elemento invariante durante varios siglos**

Para un historiador, sin embargo, la estructura no es sólo un conjunto de elementos en que la transformación de uno de ellos provoca, al final, la de todos los demás. Tal conjunto sólo le interesa, si satisface otras condiciones. En particular, debe mantenerse durante un período plurisecular, debe constituir un fenómeno de *larga duración*. Así, la estructura agraria que describe Pierre Toubert aparece en el siglo X y subsiste aún mucho más tarde. Durante más de medio milenio, ella constituye una invariante, un contexto estable en cuyo interior se despliegan las actividades de las poblaciones campesinas.



La estabilidad de ese contexto confiere a esas actividades un carácter monótono, repetitivo: año tras año se cultivan de la misma manera los mismos campos, dispuestos del mismo modo.

Los individuos mueren y las familias desaparecen, pero el conjunto compuesto por la casa en el pueblo y la explotación dividida en parcelas dispersas, permanece listo para recibir nuevos habitantes, para imponerles un modo de vida idéntico al de sus predecesores. No sólo la estructura impone un carácter repetitivo a las actividades de los individuos y de los grupos, sino también fija límites al *crecimiento demográfico* y al aumento de la producción agrícola; es decir, a las fluctuaciones de las *coyunturas*, introduciendo así repeticiones a nivel macroscópico. Ella teje, pues, una red de restricciones, cuya fuerza es proporcional a su rigidez.

*“Con la ‘crisis’ del siglo XIV apareció a plena luz del día la rigidez de la estructura agraria del Lacio. Más al norte, la expansión demográfica posibilitó a las capas dominantes promover nuevos modos sociales de explotación que implicaban, como la ‘mezzadria’ toscana, cierta readaptación de las tierras y de los sistemas de cultivo, léase una reconstitución de las parcelas alrededor de un nuevo hábitat secundario disperso. Nada de eso sucedió en el Lacio, donde la poco densa población del Medioevo tardío no pudo zafarse ni de la tenaza del hábitat concentrado ni modificar la estructura de la explotación que implicaban, como la ‘mezzadria’ toscana, cierta readaptación campesina. Esta reconversión fallida de la economía aldeana, unida a la fuerte orientación de los capitales señoriales y ‘burgueses’ hacia la ganancia pastoral, enraizó al Lacio, a partir del Renacimiento, en el subdesarrollo meridional”.*



La descripción de una estructura desemboca, como se ve, en una historia de aquélla. En una historia que podría llamarse interna y que, a causa de la estabilidad de la estructura misma, se caracteriza por una gran lentitud, por una casi inmovilidad. Más, ésta no es la única historia que se encuentra en el libro de Pierre Toubert. Se halla también la de otras estructuras cuya evolución resulta más rápida. Por otra parte, cada una de ellas tiene su propio ritmo; pues, en cada caso, otros factores entran en juego. Pero el punto de partida de todas esas historias es la aparición de la estructura agraria que acaba de describirse, y los reajustes que ello provoca en las estructuras económicas (de subsistencia y de intercambio) y en las estructuras de los contextos (familiares, religiosos y públicos).

### Un determinante de las coerciones psicológicas

En el Lacio de los siglos XI y XII, todo centro permanente de hábitat agrupado y fortificado se designa con el término *castrum*, o por su doble etimológico *castellum*. De ahí el término de *incastellamento* dado al proceso de formación de la estructura agraria, que divide el espacio en células compuestas cada una de un *castrum* rodeado por tierras dispuestas en zonas concéntricas. “Esta implantación del hábitat ‘per castra’, el gran acontecimiento del siglo X, es en realidad el signo no de un repliegue, sino de un salto hacia adelante”, hecho posible por una explosión demográfica preexistente. El estudio del *incastellamento* toma en cuenta dos aspectos de ese proceso que resulta al mismo tiempo un crecimiento: multiplicación del número de los *castra*, y un cambio cualitativo: paso de un estructura agraria a otra. En efecto, lo prevaeciente hasta el siglo X era “una ocupación del suelo por centros señoriales con un vivero intercalado de *casae coloniciae dispersas*”.



Dicho de otra forma, la estructura anterior al *incastellamento* se caracterizaba por un hábitat disperso y parcelas agrupadas alrededor de aquél. Por ello:

*“el ‘incastellamento’ del siglo X aparece como una ruptura profunda en las formas de poblamiento y en la estructura agraria misma, como una verdadera revolución”.*

### Un determinante de la jerarquía social

La aparición de la nueva estructura es, ante todo, una cascada de fundaciones de *castra*, cada una de las cuales debe fecharse y situarse en el mapa, con el fin de determinar los ritmos de crecimiento y de mostrar sus éxitos y sus fracasos. Es una sucesión de innovaciones que se repiten unas tras otras hasta el momento en que el espacio total de la región está dividido en células castrales. Pero es también la transformación concomitante de las relaciones entre los *campesinos* y los señores. Pues estos últimos devienen los promotores del *incastellamento*, y quienes recogen los beneficios de la operación. No se trata de que ellos aplasten desde entonces a los campesinos bajo el peso de las contribuciones. En ese sentido, el cuadro resulta menos sombrío que en otras regiones. Simplemente, no es posible reducir las relaciones entre los campesinos y los señores a sus aspectos estrictamente económicos.

*“La aldea, con su límite cerrado, la estructura rígida de sus tierras y su hábitat reunido, proporcionó a la clase señorial un basamento estable y bien adaptado al ejercicio de los derechos lucrativos de origen público y de los derechos parroquiales apropiados. A las limitantes económicas vinieron a añadirse otras, que fueron atrapado a la sociedad rural en una red de*

*sujeciones familiares, religiosas, judiciales”, mientras que la circulación monetaria, la presencia de los caminos y de las ciudades, permitían a algunos una evasión o una promoción social. Pero si los movimientos entre las aldeas resultaban numerosos, “a escala de región (...) la estabilidad del conjunto llama la atención del observador”.*

No podemos seguir aquí a Pierre Toubert en los análisis extremadamente agudos y minuciosos a que somete las otras estructuras de la sociedad lacial. Nos resignaremos, pues, a tomar de la conclusión general del libro el balance de esos aspectos del *incastellamento* tratados en los capítulos que no mencionamos:

*“En el ‘castrum’, el peso de la coerciones sociales y psicológicas nos pareció finalmente más pesado que el de las exacciones que operaba el señor en las cosechas de sus tenanciers [arrendatarios de tierra, siervos]. Agrupados en aldeas cerradas, los campesinos conocieron entonces nuevas sujeciones. Si, en su estructura fundamental, la ‘familia’ siguió siendo conyugal, el derecho civil romano y el derecho canónico asociaron sus esfuerzos para hacer del mundo laico un ‘ordo conjugatorum’ mejor construido. Por su parte, la concentración de los hombres en habitats fortificados creó sus servidumbres: hizo falta contar con el vecindario y la opinión común. Las situaciones de ilegitimidad fueron peor aceptadas por la conciencia colectiva, mientras que la limitación de la nupcialidad acrecentaba la masa de solteros condenados a una existencia mezquina y marginal. Repitámoslo: el castrum marcó el final de la vida pionera. La división o separación de los límites aldeanos que implicó este fenómeno contribuyó a hacer de la sociedad campesina del Lacio un mundo dominado no sólo por los señores, sino aún más, desde el interior, por los*



*más viejos y por la gente casada. Esta construcción social fue coronada, en la primera mitad del siglo XI, por la victoria de la iglesia privada castral y por la apropiación de las justicias en beneficio de los señores castellanos”.*<sup>7</sup>

### **La historia de una población tomada en su conjunto**

Esta rápida ojeada al libro de Pierre Toubert permite esbozar una primera respuesta a la pregunta concerniente a los caracteres originales de la historia estructural. Es ante todo la historia de una población tomada en su conjunto; hemos hablado sobre todo de los campesinos que, de todas formas, constituían la inmensa mayoría de esta *población*, pero el libro consagra mucho espacio a los señores, a los habitantes de las ciudades, al clero. Todas las categorías de la sociedad laical están ahí; y también todos los aspectos de la vida cotidiana en la medida en que las fuentes dan información: el trabajo, los intercambios, la familia, la religión, las relaciones de dominación bajo sus formas diversas. Dicho en otras palabras, la vida cotidiana de una sociedad está descompuesta en un conjunto de estructuras que se mantienen todas en la larga duración, aunque evolucionen cada una con su ritmo propio. Su presencia impone a la vida cotidiana su carácter regular, repetitivo, previsible. Pero ella también la encierra en límites que normalmente son imposibles de traspasar.

Sucede, sin embargo, que una innovación que corresponde a los intereses de un grupo que tiene el poder logra propagarse, cambiando una estructura existente y poniendo una nueva en su lugar. Tal *revolución* es una, repercute sobre todas las demás

7. Todas las citas se sacaron de la obra de P. Toubert. *Les Structures du Latium médiéval*. Ed. cit.



estructuras e induce en ellas transformaciones más o menos profundas. En un sentido, el libro completo de Pierre Toubert hace la historia de una revolución de ese tipo: en un primer tiempo, los señores adquieren una posición dominante gracias al *incastellamento*, para perder luego una parte de su posición, después de 1050, cuando el Estado pontifical procede, en el Lacio, a una reconquista del poder. He aquí, quizás, el carácter más inesperado de la historia tal y como la práctica Pierre Toubert: una historia de estructuras que es, al mismo tiempo, la historia de una revolución.

### Coyuntura y estructura

Las transformaciones de la práctica de los historiadores durante el último medio siglo, se hicieron posibles por un cambio del cuestionario que guía las investigaciones y por un desplazamiento concomitante de la manera de analizar las fuentes. El antiguo cuestionario ponía en primer plano la pregunta: ¿qué sucedió durante este o aquel período, en este o aquel lugar? Se trataba de constatar: ¿qué sucedió de nuevo, de inédito, de inesperado? Y a continuación encontrar las causas pertinentes que de manera evidente debían ser, también ellas, singulares; de otro modo no podrían explicar el carácter singular de sus efectos. Se ve enseguida que semejante cuestionario, por lo demás bastante pobre, orientaba la mirada del historiador hacia los *acontecimientos* extraordinarios por su definición misma, y por esa razón se destacaban con nitidez sobre el fondo de las acciones rutinarias. Se decía también que las épocas felices no tienen historia: nada pasa en ellas, nada detiene la mirada que se desliza, sin registrar la presencia, en un fondo gris, de los hechos que se repiten.



## En busca de la “verdadera historia”

Tal actitud constituía el vestigio de un elitismo persistente, sin que ellos se dieran cuenta, incluso en quienes declaraban haberse liberado de aquél. Podía manifestarse desinterés por los reyes y los grandes, y la convicción de que la verdadera historia es la del pueblo, pero no se llegaba a desprender de una imagen del pueblo-rey cuyos altos hechos se celebraban y que se transformaba en héroe de epopeya. Ella venía también de la confianza otorgada, de manera inconsciente, a la luz proyectada sobre el pasado por las fuentes narrativas, cuyos autores describían ante todo los acontecimientos, atribuyéndoles una importancia proporcional a su carácter extraordinario.

Ciertamente, el desarrollo de la crítica había enseñado a los historiadores a sospechar y, por tanto, a controlar las fuentes narrativas, pero seguían siendo, sin embargo, tributarios de ellas, aun cuando no se hicieran responsables de dichas fuentes. La actitud de los historiadores se parecía, así, a la de los coleccionistas: unos y otros no reunían más que cosas escasas y curiosas, dejando de lado todo lo banal, cotidiano, usual. Ello se aprecia mejor allí donde el historiador, para acceder a un conocimiento del pasado, se encontraba en la obligación de convertirse en coleccionista; en busca de todo lo bello, rico, no habitual, la *arqueología* dejaba de lado los testimonios de la vida material del común de los mortales.

Practicada de esta manera, la historia no podía tener ninguna relación con las ciencias sociales que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, ganaban en importancia y en prestigio: con la *sociología*, la economía, la geografía. No obstante, reivindicaba para sí el *status* de ciencia que necesitaba hasta para mantener su posición en el interior de la institución



universitaria. La contradicción entre la práctica de la historia y sus pretensiones era, hacia finales del siglo, un algo común. Algunos trataron de resolverla abandonando abiertamente toda aspiración al carácter científico y proclamando que Clío debe seguir siendo una musa.

Otros se dedicaron a dar a la historia un rango particular, tratando de reconciliar el privilegio del que gozaban a sus ojos los hechos singulares con cierto carácter científico. Según ellos, la historia constituía una ciencia ideográfica; es decir, tiene por objeto propio lo que no se repite; era, pues, una ciencia única en su género, opuesta a todas las demás ciencias nomotéticas que tratan de descubrir leyes a partir de un estudio de repeticiones. Los terceros reclamaban una historia que hubiera sido completamente una ciencia social, sometiendo a ataques violentos la práctica de los que llamaban “historia hechológica”.

### Una larga batalla epistemológica

La batalla duró largo tiempo y no podemos trazar aquí sus peripecias. Baste con mencionar sólo el inolvidable artículo de François Simiand “Método histórico y ciencia social”,<sup>8</sup> cuyo título es ya todo un programa, y la creación, en 1929, de los *Anales de historia económica y social* por Marc Bloch y Lucien Febvre. Los primeros signos de una ruptura con la tradición, no sólo en los manifiestos, sino en la práctica misma del oficio del historiador, resultan visibles, sin embargo, en Francia mucho antes de esa fecha.

8. F. Simiand. “Méthode historique et Science sociale”, en *Revue de synthèse historique* (1903), retomado en *Annales E. S. C.*, 1960.



En 1911, Lucien Febvre defendió en la Soborna su tesis “Felipe II y el Franco-Condado”; es factible ver en ella la primera tesis producida por la *nueva historia*. No porque se desvíe de los acontecimientos, sino porque les confiere una significación nueva: son los síntomas de una separación de la que diríamos hoy que pertenece a estructura de la sociedad de esa región del siglo XVI.

*“Rivalidad de los Rye, de los La Baume, de los Bonvalet y de los Perrenot por la posesión del arzobispado; asunto Quiclet; duelo sin misericordia de un Simon Renard y de un Antoine Perrenot; turbulencia de una nobleza inquieta y agitada, acrecentada aún más hacia la mitad, hacia el final del siglo, por las consecuencias de una abdicación, de un advenimiento y de un tratado de paz que introducen en sus condiciones de existencia una perturbación nueva: no nos pareció en absoluto que esos acontecimientos puedan explicarse solamente por circunstancias de hecho, incompatibilidades de humores individuales, consideraciones morales o psicológicas. Hemos creído por el contrario—y toda la historia anterior de la región desde un siglo atrás parecía llevarnos a tal conclusión— que esos hechos políticos, esas rivalidades de personas hallaban en un malestar social, en un conflicto económico, profundas razones de existir”.*<sup>9</sup>

Se ve que los hechos interesan a Lucien Febvre no a causa de su unicidad: él se opone de manera rotunda a semejante acercamiento, dejando de lado todas las explicaciones que son sus complementos necesarios. Los hechos le interesan, en tanto elementos de una serie, en tanto ellos develan las variaciones

9. L. Febvre. *Phillippe II et la Franche-Comté. Etude d'histoire politique, religieuse et sociale*. París, Flammarion, 1912. (Reedición, p. 243.)



coyunturales de las relaciones entre dos clases sociales cuyo conflicto permanece constante a lo largo de todo el período estudiando. “Estructuras”, “coyunturas”; los términos que introducimos aquí resultan evidentemente anacrónicos.

No parecen, sin embargo, traicionar el pensamiento de Lucien Febvre, quien consagra la primera parte de su libro al “medio geográfico”, para utilizar el lenguaje de época, y a las instituciones políticas, reservando la segunda al conflicto entre la nobleza y la burguesía, como si estuviera consciente de que todos esos fenómenos dependen de la larga duración, mientras que aquellos que aborda más tarde se sitúan en un tiempo corto. La oposición entre los dos está claramente presente: sólo faltan los vocablos que habrían permitido designarlos.

### La nueva mirada de la historia

El nuevo cuestionario de los historiadores que se elabora, al tiempo que se transforma, hasta hoy, incita a interesarse de manera prioritaria en lo que se repite, en lo que vuelve periódicamente, léase en lo que permanece constante, o casi, durante un largo intervalo *temporal*. La mirada se desplaza así de lo excepcional a lo regular, de lo extraordinario a lo cotidiano, de los hechos singulares a los que aparecen en masa. Se comprende fácilmente que este desplazamiento de la mirada se haya manifestado en cierto desinterés, aunque diferente según los casos, por la historia política —en la cual los hechos se alinean uno tras otro, como las cuentas de un rosario— y en una promoción de la historia *económica y social*; sobre todo, de la historia de los *precios* la cual, entre las dos guerras, se convierte en un terreno de avanzada (de punta). No quiere



decir que aquél haya estado por su naturaleza misma abierto a la nueva práctica de la historia solamente.

Todo depende aquí de la selección que se opere en el conjunto de fuentes virtuales, así como en el de las técnicas disponibles. Si se quiere practicar una historia de los precios que trate de restituir los hechos particulares, deben escogerse los libros de cuentas que permiten conocer las transacciones comerciales tal y como ellas habían tenido lugar realmente, entre personas determinadas, en lugares bien definidos, en fechas precisas; es decir, con todo lo que cada una de ellas comporta de singular. Si, por el contrario, uno se pronuncia por una historia, no de fenómenos únicos sino de aquellos que se repiten, se optará por las mercuriales,<sup>10</sup> las únicas que permiten encontrar,

*“después de los controles y las elaboraciones (...) medias representativas: representativas del conjunto de transacciones durante el conjunto del mes, durante el conjunto del año. Por los libros de cuentas, a menudo sólo se encuentran algunos episodios de esta historia”.*<sup>11</sup>

## Nueva historia y nuevos documentos

Lo mismo sucede en lo tocante a las nuevas técnicas que se emplean para extraer de las fuentes las informaciones que se buscan e interpretarlas. Gran defensor de la utilidad de los libros de contabilidad, Henri Hauser es al mismo tiempo, y lógicamente, crítico de las medias, aunque sean

10. Las mercuriales son las cotizaciones oficiales de las mercancías vendidas en un mercado público.

11. E. Labrousse. *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*. Paris, PUF, 1943, pp. 12-13.



representativas; dicho de otra forma, él cuestiona la validez del método *estadístico* aplicado a los datos referentes al Antiguo Régimen.

*“En los tiempos anteriores a la generalización de la civilización industrial, lo accidental, de lugar o de tiempo, domina la vida económica. El hombre no vive de los promedios; vive del verdadero pan, vendido a tal precio o por tal peso, en tal momento”*.<sup>12</sup>

Inversamente, en Labrousse se ve que la preferencia que da a las mercuriales se vincula a una justificación del uso de las estadísticas:

*“El historiador-economista es conmocionado por la frecuencia de las repeticiones. No quiere decir que sólo le interese la repetición. A diferencia de algunos economistas, él no desprecia lo singular (...) Pero, a diferencia de algunos historiadores, y de los más eminentes, tampoco desprecia lo general (...) Aunque nada imponga felizmente tal elección, si hubiera que escoger en esa amplia provincia de la historia en la que casi todo está aún por hacer, entre lo regular y lo fortuito, lo esencial y lo accidental, lo que se repite y lo singular, digámoslo claramente: se escogería lo que se repite. Pues, “en historia económica, a diferencia de lo que sucede en otras partes de la historia, todo lo importante se repite”*,<sup>13</sup>

Por esa razón, la historia económica parece privilegiada por el desplazamiento de la mirada de lo extraordinario a lo cotidiano, de los hechos individuales a aquellos que aparecen en masa.

12. H. Hauser. *Recherches et Documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*. París, Picard, 1936, p. 72.

13. E. Labrousse. Ob. cit., pp. 170-171.



## Labrousse y la historia económica

Por ello no asombra que la *historia económica* introduzca el escalonamiento de fenómenos que evolucionan a ritmos diferentes y rompa así con el tiempo plano y lineal de la historia de los acontecimientos. Labrousse, por ejemplo, distingue tres tipos de movimiento de larga duración, oscilaciones cíclicas, variaciones de época. En el caso de los precios de los cereales, el movimiento de larga duración es un movimiento de alza, fenómeno internacional que, en Francia, comienza entre 1732 y 1733, para prolongarse hasta 1917. El período que va de 1726 a 1790 se subdivide a su vez en:

*“cuatro períodos cíclicos o intercíclicos. El primero, el de los bajos precios por excelencia, se delimita fácilmente entre 1726 y 1741. El segundo, en que se afirma una lenta progresión de los precios, es de igual duración, 16 años: se extiende de 1742 a 1757. El tercero es el más violento y el más corto: tras cinco o seis años de baja, el alza se acelera hasta la gran crisis de 1770: el período sólo dura 13 años. Viene a continuación una serie de ciclos en que los precios se consolidan a un alto nivel, luego empiezan de nuevo a subir: el período comprende 19 años, se 1771 a 1789”.*<sup>14</sup>

## La actualización de los mecanismos subyacentes

El primer libro de Labrousse es de 1932. Desde entonces, el camino quedaba abierto para emprender una búsqueda acerca de los mecanismos subyacentes de las fluctuaciones coyunturales, para dilucidar las causas que los provocan. A esas

14. E. Labrousse. *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*. París, Dalloz, 1932, p. 147.



preocupaciones responde el *modelo* de la *crisis* económica de tipo antiguo, introducido por Labrousse en su segundo libro: *La crisis de la economía francesa a fines del Antiguo Régimen y al inicio de la Revolución* (1943). Sin embargo, Labrousse no aplica su modelo a los movimientos seculares. En esa época, por otra parte, ello no resulta factible, al menos de una manera rigurosa, a partir de los datos estadísticos.

En efecto, si el movimiento de los precios desde el siglo XVI era bastante bien conocido, aunque los datos mismos y sobre todo su interpretación constituyeran objeto de debate, faltaban informaciones ciertas referentes a las fluctuaciones, en la larga duración de la de la producción agrícola y de la población, por no hablar de la renta o de los salarios. Pero no se trataba sólo de los datos. Había que desplazar la mirada de la coyuntura, es decir, de las oscilaciones cíclicas a los *trends* seculares, para integrarlos a su vez en una evolución aún más lenta. Para decirlo aun de otra forma, había que llegar a la convicción de que el historiador tiene el derecho y el deber de interesarse no sólo en lo que se mueve, sino también en lo que queda constante, o casi, durante épocas que pueden ser muy largas.

## Braudel y la historia global

Iniciando durante los años 20, pero redactado durante la guerra, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel (1949), muestra una segunda manera, diferente de la de Labrousse, de traducir en la práctica de una investigación histórica el programa que se centra en el estudio de las repeticiones. Esta vez, no es el espíritu de Simiand el que patrocina la empresa, sino el de Lucien



Febvre. Pues la historia braudeliana no resulta sólo una historia económica y social, completamente organizada alrededor de las fluctuaciones de los precios y de los salarios, en una región determinada, durante un período bien circunscrito.

Es con seguridad económica y social, pero también geográfica, demográfica, cultural, política, religiosa, militar... Por ello, las repeticiones en las que se interesa no son sólo las de los puntos máximos y mínimos de tales o cuales curvas. Aunque no por ello éstos dejan de constatare debidamente. Con Braudel, el estudio de las repeticiones se sale del campo al que parecía confinado. Deja de ser un campo particular que coexiste con una historia tradicional, interesada en acontecimientos únicos. Ella lo invade todo, o casi todo. Se convierte en una parte fundamental e indispensable de toda investigación histórica, desde que toma como objeto no una pequeña porción de *espacio* en un corto intervalo de tiempo, sino amplias extensiones y períodos largos.

El hecho de comenzar por un análisis del medio geográfico constituye una consecuencia directa del privilegio que Braudel concede a las “historias mil veces repetidas”.<sup>15</sup> Pues para él el medio es sólo un conjunto de problemas, de desafíos que los hombres deben afrontar y que afrontan efectivamente, sin llegar, sin embargo, a darles respuestas definitivas, sin establecer equilibrios estables. De ahí las oscilaciones, las repeticiones, los *ciclos*. Uno de ellos es el problema de la vida en la montaña, donde los *recursos*, “aunque son variados y numerosos, siempre son poco abundantes”, lo que empuja a

15. F. Braudel. *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*. París, A. Colin, 1949, p. 173.



las bocas en exceso hacia las llanuras. O el problema, por otra parte, de la vida en estas últimas, pues

*“ellas no ha sido nunca conquistadas de una vez y por todas. Están bajo la amenaza, desde que el esfuerzo de los hombres se relaja, de volver al desierto y a la barbarie. La malaria las acecha, además de –otra amenaza– los grupos seminómadas de trashumantes que sólo buscan reinstalarse en ellas, y que ya es muy difícil, en períodos tranquilos, mantener a raya o en sus justos límites”.*

De la conjunción de esos dos problemas resulta un tercero: el de la coexistencia entre la montaña y la llanura.

*“Quien quiera comprender la vida mediterránea deberá pensarla en el contexto de esa oposición; sólo ella le da su sentido histórico y humano”.*

La imposibilidad de dejar este problema a un lado de manera definitiva, se traduce en una sucesión de fases que marcan el ritmo de la historia de las relaciones entre las dos fuerzas antagónicas y complementarias que hacen de ella una “historia cíclica”.

### **Una historia enraizada en el estudio del medio natural**

Lo mismo sucede con el mar. Pues él no constituye una superficie líquida, uniforme e indivisible. No lo es, en todo caso, para quienes viven en el litoral y en las islas, que pescan y practican el comercio; vale decir, el corso. Toda una serie de oposiciones definen los problemas que tienen que resolver. Primero, los resultantes de las diferencias múltiples entre el mar interior y alta mar, y entre dos tendencias contrarias: replegarse en las costas vecinas, o lanzarse en navegaciones lejanas.



También aquellos que sólo son la generalización de la diferencia precedente a escala del Mediterráneo en su totalidad, y que son consecutivos a la división de aquél en dos conjuntos: el oriental y el occidental. Ambos conjuntos se comunican, están unidos entre sí, pero cada uno tiende a encerrarse en sí mismo.

*“Esos dos mediterráneos, encabezados por dueños enemigos, son física, económica, culturalmente diferentes uno de otro; cada uno constituye una zona de historia”.*

Simplificando el pensamiento de Braudel, puede decirse que la vida del mar interior en el siglo XVI está regida por una gran oposición del Oriente y del Occidente. Ella se traduce en conflictos armados y en corrientes de intercambio.

### **La unidad del mundo mediterráneo**

Oposiciones en el interior de la tierra firme y en el interior del mar, pero también entre la primera y el segundo. La competencia existe, en efecto, entre las rutas terrestres y las rutas marítimas. Y los problemas planteados por las relaciones que mantienen las ciudades mediterráneas con sus similares diseminadas por el continente europeo, hasta el mar Caspio, al este, y el Báltico, al norte, no son los mismos que ellas deben resolver en sus relaciones internas. Dicho rápidamente, existe una oposición entre el Mediterráneo y Europa. Pero hay también una entre el Mediterráneo y la estepa, entre los sedentarios y los nómadas.

*“Son economías, pero también civilizaciones, sociedades, artes de vida que se enfrentan”.*

Son oposiciones espaciales, de las que sólo cito algunos ejemplos, que definen la unidad del mediterráneo tal y como



la ve Braudel: unidad física, unidad humana. Hay también una unidad climática, no menos contradictoria que las precedentes.

*“El ‘clima’ del mar, con sus dos estaciones brutales y bien delimitadas, hace vivir al cuerpo mediterráneo en dos fases muy diferentes una de otra, y que vuelven de manera inmutable cada año. Como si todos los hombres mediterráneos tomaran sucesivamente sus cuarteles de invierno y sus cuarteles de verano”.*

Por último, quemando etapas, llegamos a la oposición que engloba todas las que son interiores al mundo mediterráneo, al colocarlas, por decirlo así, de un mismo lado, frente a dos mundos nuevos que surgen a lo largo del siglo XVI el del Atlántico y el del océano Índico.

### **Un mundo sin fronteras**

Se ve ahora, a través de esos ejemplos, cómo Braudel procede en esta primera parte, la más original y poderosa de su libro. No se contenta con enumerar las oposiciones que descubre y los problemas que plantea su presencia. Los ordena en el seno de una jerarquía que va de lo local a lo global, para construir así una estructura arboriforme, una serie de bifurcaciones imbricadas una de otras. El mundo mediterráneo aparece como un conjunto de líneas de conflicto, situadas a diferentes niveles y alrededor de las cuales cristalizan fuerzas antagónicas y complementarias, cada una de las cuales trata de establecer para su provecho un equilibrio duradero. De ahí las luchas, pero también los intercambios, los alejamientos y acercamientos: en suma, los movimientos, a veces cíclicos, cuando ninguna de las partes logra imponerse; a veces lineales,



cuando una de las fuerzas que se enfrentan llega a eliminar o a debilitar gravemente a la otra.

Se entiende, entonces, por qué el mundo braudeliano no tiene fronteras bien delimitadas ni en el tiempo ni en el espacio. ¿Cómo podría tenerlas? En el tiempo, algunos fenómenos se repiten desde épocas muy remotas, y se trata de mostrar esas repeticiones, de evidenciar su carácter constante, de descubrir en ella un elemento de estructura. En el espacio, los vínculos del Mediterráneo con otras regiones, otros mundos, se extienden hasta el infinito: hasta el Sudán, de donde saca su oro, hasta el gran norte y, al este, hasta el Caspio; y, ¿por qué no?, hasta el Asia Central, léase hasta China. Así, las fronteras espaciales y temporales sólo pueden ser imprecisas; no son las que caracterizan al objeto de estudio de Braudel, o no lo caracterizan más que en la medida en que se contraen o dilatan en función de la dinámica que les es propia.

### **Ciclos que recomienzan continuamente**

El descubrimiento de toda una nueva dimensión de la historia, de la historia estructural, muy lenta, “casi inmóvil”, hecha “muy a menudo de retornos insistentes, de ciclos que recomienzan continuamente”, es uno de los mayores aportes de *El Mediterráneo...* al pensamiento y a la práctica históricos de nuestro tiempo. Pero ello no constituye todo el contenido de ese libro.

La segunda parte está consagrada a la coyuntura o, con más exactitud, a las coyunturas: económicas, cultural, política, social, militar. Veamos, a partir de algunos ejemplos, cómo esas historias, que se desarrollan en un tiempo más corto y también más rápido que del que hemos hablado, se articulan sobre las



transformaciones lentas de las estructuras mismas. Por ejemplo, la oposición entre el Mediterráneo y el océano Atlántico. A fines del siglo XV, ella es sólo virtual. Pero a partir del inicio del siglo siguiente, el Atlántico comienza a adquirir lentamente el predominio. Ese conflicto entre dos rutas y dos regiones que tratan, una de conservar y la otra de apoderarse de una fuente de riquezas, puede seguirse a través de las vicisitudes del comercio de las especias, y, en particular, de la pimienta. Llegamos entonces a la conclusión de que:

*“es más allá de 1600 que hay que encontrar las fechas exactas de la decadencia definitiva del comercio del Extremo Oriente con el Mediterráneo. El triunfo de la ruta oceánica, triunfo inevitable, está lejos de haber sido inmediato. La lucha entre las dos rutas rivales duró más de un siglo, con altas y bajas, para una como para la otra, con crisis y renovaciones sucesivas”.*

Es casi la misma conclusión que se desprende de un estudio del comercio de trigo que, a partir de 1590, estará dominado por las importaciones procedentes del norte.

Tomemos otro ejemplo, el de la formación de los imperios con el favor del alza económica de los siglos XV y XVI. Hay dos rivales para el dominio del Mediterráneo: los turcos y los españoles. ¿Cómo no ver que cada uno se inscribe en estructuras preestablecidas; el primero, apoyándose en la parte oriental del Mediterráneo, y el segundo, controlando la cuenca occidental? Pero, al tiempo que se adscriben a una oposición que data de varios siglos, los dos imperios la modifican, pues ninguno de los dos está exclusivamente unido al mar interior, los turcos se orientan así hacia el océano Indico; los españoles, hacia el Atlántico y el norte. Tanto es así que el gran enfrentamiento entre ambos, la batalla de Lepanto, parece



haber sido para los españoles una victoria sin futuro. Ella sólo restableció un equilibrio amenazado, durante un tiempo, por el empuje turco.

### El acontecimiento, la coyuntura y la estructura

Al mencionar esta batalla, pasamos al tercer aspecto del tríptico braudeliano: los *acontecimientos*. Sólo me detendré en él para mencionar un reproche que se ha hecho varias veces a la parte del libro consagrada a ellos: el que no se integra bien a las otras dos restantes. En un sentido, el reproche se justifica. Por más que sea tomado en toda su unicidad, un hecho no da pie a ninguna explicación: ha tenido lugar y sólo puede constatarse. La batalla de Lepanto, que se desarrolló el 7 de octubre de 1571, resulta, desde varios puntos de vista, un acontecimiento único.

Pero, al mismo tiempo, forma parte de una serie de batallas entre turcos y españoles. Y esta serie se explica muy bien por la permanencia de ciertas coerciones estructurales y por la presencia de dos economías, dos sociedades, dos civilizaciones, dos políticas imperiales que deben chocar entre sí. Es lo que sucede, en varias ocasiones, y ellas lo hacen no en cualquier parte, sino “allí donde se unen” las dos cuencas del Mediterráneo, “en su frontera aproximada”.<sup>16</sup> Los hechos se han engendrado, pues, por las estructuras y las coyunturas. Son rupturas del equilibrio o restablecimientos de éste.

Estructuras, *coyunturas*, hechos: la división que Braudel hace del *tiempo* en tres partes de la historia no coincide, como se ve, con la de Labrousse. Las variaciones de época pertenecen a

16. Las citas se sacaron de F. Braudel. *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Ed. cit.



la estructura, pues su repetición de año en año constituye uno de los caracteres durables en las antiguas economías, sociedades y civilizaciones. Los movimientos seculares y las oscilaciones cíclicas se sitúan, por el contrario, del lado de la coyuntura. En cuanto a los hechos, una armonización de las enseñanzas de Braudel y Labrousse conduce a dejarlos al margen, léase a no interesarse por ellos en absoluto. En efecto, el nuevo cuestionario de los historiadores que indica las direcciones de la búsqueda a partir de los años 40, se organiza alrededor de la oposición entre estructura y coyuntura.

La estructura, o, más bien, las estructuras –pues, en el lenguaje de los historiadores, esa palabra sólo existe en plural– son fenómenos geográficos, ecológicos, técnicos, sociales, políticos, culturales, psicológicos que se mantienen constantes durante un largo período o que no evolucionan más que de una manera casi imperceptible. La coyuntura son las fluctuaciones de amplitud diversa que se manifiestan en ese contexto. En otros términos, la estructura está definida implícitamente, en tanto conjunto de limitaciones o barreras que impiden a las diferentes variables, cuyas fluctuaciones constituyen la coyuntura, elevarse más allá de cierto límite máximo.

Los cambios de estructura, consistentes en innovaciones que permiten trascender las antiguas coerciones, poseen un carácter de transformaciones cualitativas, de rupturas de continuidad. El tiempo de las estructuras es muy lento, casi inmóvil; al extremo que podría decirse que en el interior de cada tipo de estructura resulta casi estacionario. Pero cuando se comparan estructuras que se suceden, se ve que a ese nivel se sitúan las transformaciones irreversibles: las mutaciones que cambian un tipo de estructura en otra.



El libro de Braudel es por él mismo un ejemplo de ello, al conmovir los fundamentos teóricos de la historia y abrir nuevas direcciones. Lucien Febvre lo reconoció de inmediato:

*“Tratemos de decir en qué aspectos ese libro excelente, esa obra perfecta de historiador que domina a fondo su bello oficio, es algo más que una obra de arte profesional. Una revolución en la manera de concebir la historia. Un vuelco de nuestros viejos hábitos. Una ‘mutación histórica’ de importancia capital”*.<sup>17</sup>

Nueve años después de la aparición del *Mediterráneo*, Fernand Braudel, en el artículo ya citado, retomaba el problema de las relaciones entre la historia y las ciencias sociales, cuya importancia ya hemos visto, y, poniendo en el centro las investigaciones acerca de fenómenos de larga duración —es decir, sobre las estructuras—, completaba la justificación teórica de la historia estructural.

### **Las características de la historia estructural**

Volvamos ahora a la práctica histórica de esos últimos 30 años, de los que por el momento sólo hemos estudiado un ejemplo, para dilucidar sus rasgos distintos y mostrar los problemas que plantea.

### **Es una historia de las poblaciones totales**

Al contrario de la historia tradicional, inconscientemente elitista, incluso en aquellos quienes tratan de estudiar las

17. L. Febvre. *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe Ii*, 1950. (Retomado en *Pour une histoire à part entière*. París, SEVPEN, 1962, p. 168.).



“masas populares”, la historia estructural es una historia de poblaciones. De poblaciones y no de masas, pues no se trata en absoluto de excluir de la historia a quienes ocupan posiciones privilegiadas en las jerarquías del poder, del saber o de la riqueza. Sólo se trata de llevarlos a su justo lugar: el de las pequeñas minorías que aprovechan condiciones excepcionales. El interés de la historia estructural por las poblaciones, por todos los habitantes de una región o de una ciudad, por todos los miembros de una sociedad, visible incluso en casos en que título de una obra, como *Los campesinos de Languedoc*, parece sugerir todo lo contrario, conduce a desplazar hacia el centro del campo explorado por los historiadores el problema de la demografía, la cual, desde el punto de vista tradicional, sólo tenía una importancia marginal. El nexo entre el descubrimiento de la *larga duración* y la promoción de la demografía histórica, está explícito en el libro pionero de Philippe Ariès:

*“Las relaciones existentes entre dos épocas consecutivas no agotan todas las adherencias existentes entre dos épocas consecutivas no agotan todas las adherencias de cada una de ellas al conjunto de la historia. Ellas esquematizan a veces casualidades completamente superficiales. ¿Puede acaso comprenderse la civilización greco-romana, sin ir aún más atrás a las muy antiguas tradiciones agrarias de nuestro terruño? Marc Bloch indicó magistralmente en sus trabajos sobre la sociedad feudal cómo la desigual difusión, la desigual penetración de las costumbres feudales habían esbozado, desde el Medioevo, la geografía política y psicológica de la Europa moderna. El nazismo alemán no puede comprenderse en su originalidad por un simple recordatorio de la evolución del siglo XIX: hay que ir mucho más atrás. Nos sumergimos en el pasado completo, atravesamos todos los pisos de ese*



*pasado sin que su alejamiento 'agote' la frescura de nuestras solidaridades".*<sup>18</sup>

Estas frases fueron escritas en 1946. Pero el desarrollo de la *demografía histórica* es más tardío, y se produce bajo la triple influencia de los trabajos de Louis Henry y el INED, que elaboraron las técnicas utilizadas luego por los historiadores; de Labrousse, cuyo modelo de la crisis económica de tipo antiguo incita a estudiar las variaciones de la población, y de Braudel, por las razones que acaban de exponerse. Poner en el centro la población tomada en su conjunto y bajo los aspectos más diversos, se traduce en la orientación de las investigaciones y en la forma misma de las obras que publican sus resultados.

Constituye generalmente trabajos monográficos, que tratan sobre una región o una ciudad, durante un período largo, abarcando en total varios siglos, dentro de los cuales se escoge a veces un intervalo más restringido para estudiarlo en detalle. Hemos visto un ejemplo de este acercamiento al analizar el libro de Pierre Toubert; pero también podría ilustrarlo, si nos referimos al *Beauvais y su región (el Beauvaisis) de 1600 a 1730* de Pierre Goubert, a *Los campesinos del Languedoc* de Emmanuel Le Roy Ladurie, a los trabajos de Maurice Garden y de Claude Perrot consagrados, respectivamente, a Lyon y los lyoneses en el siglo XVIII y a Caen en la misma época;<sup>19</sup> éstos son sólo algunos de los títulos escogidos al azar en una lista mucho más larga.

18. P. Ariès. *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVII<sup>e</sup> siècle*. 1948, p. 14. (París, Le Seuil, 1971.).
19. P. Goubert. *Beavais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. París, SEVPEN, 1960; E. Le Roy Ladurie. *Paysans du Languedoc*. París, SEVPEN, 1960; M. Garden. *Lyon et les Lyonnais au XVIII<sup>e</sup> siècle*. París, Publications de l'E.H.E.S.S., 1975.



La misma ruptura con una historia elitista, prisionera del tiempo corto, lleva a abandonar los fenómenos excepcionales o concernientes sólo a una pequeña minoría, y a interesarse de manera preferente en lo banal, repetitivo, presente en la vida cotidiana, sí no de todos, al menos de fracciones numéricamente importantes de la población total. De ahí la aparición de trabajos que no son monografías de regiones o de ciudades, sino estudios acerca de fenómenos históricos muy generales, prácticamente universales; es decir, tal y como se manifiestan bajo una u otra forma, en toda sociedad humana, aunque por razones prácticas se esté obligado a aprehenderlos en un espacio delimitado y durante un período dado, si bien largo.

Es el caso de los trabajos de Jean Meuvret sobre el problema de las subsistencias en Francia en tiempos de Luis XIV, de Jean-Noël Biraben acerca de la historia de la peste, de Philippe Ariès y Jean-Louis Flandrin sobre la *sexualidad*, de Jean Lebrun, Michel Vovelle y de nuevo Philippe Ariès referente a la *muerte*, y de toda una serie de investigaciones en curso que tratan sobre el *entorno* y los cambios que se producen en él como consecuencia de las actividades humanas; aquí también hemos podido citar sólo algunos ejemplos.

### **Es una historia psicológica**

El sentido de todos esos nuevos objetos, nuevos en el sentido de que antes sólo atraían la curiosidad erudita, mientras ahora ocupan un lugar central, el estudio de esos objetos sólo es el de una población o poblaciones, pero que esta vez se aborda bajo uno de sus aspectos. Está directamente vinculado a la demografía histórica que, al abrir una vía de acceso a



datos cuantitativos referentes a la nupcialidad, la natalidad, la mortalidad, etc., no sólo permite describir las estructuras demográficas en el interior de las cuales evolucionaban las poblaciones antiguas, sino también penetrar hasta las maneras en que esas poblaciones reaccionaban ante sus condiciones, develar sus comportamientos más ocultos, más íntimos. La demografía se convierte así en un instrumento indispensable de una psicología histórica. El nexo entre ambas, atestado por el título mismo de Jean Lebrun, se puso en evidencia hace 30 años ya por Philippe Ariès:

*“Las variaciones de la ‘natalidad’, de la longevidad, de la repartición de las densidades, de los movimientos de población, tal y como se ha sucedido en el tiempo, nos aparecen como manifestaciones enumerables de los cambios más profundos y más secretos de la ‘mentalidad’ humana, de la idea que el hombre se hace de él mismo. Las estadísticas demográficas arrojan luz sobre la manera de vivir de los hombres, la concepción que tienen de ellos mismos, de su propio cuerpo, de su existencia familiar: ‘su actitud ante la vida’”.*<sup>20</sup>

Por el atajo de esas estadísticas se llegan a estudiar las estructuras psíquicas, los contextos mentales que determinan los comportamientos individuales, y en los cuales se interesa por su parte, utilizando sus métodos propios, toda una *antropología histórica* en gestación; esas investigaciones se ocupan del empleo del tiempo, de la manera de vivirlo y de pensarlo, de las costumbres populares (por ejemplo, *el charivari*), de las fiestas, los gestos, la *memoria colectiva*, etcétera.

20. P. Ariès. *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIII<sup>e</sup>*. Ed. cit., p. 15.



Al tomar la forma de una monografía regional, o la de un estudio que, a falta de algo mejor, llamamos un fenómeno histórico general, la historia estructural rompe el ámbito tradicional de la clasificación de los hechos en hechos económicos, sociales, políticos, culturales, etc. Tomemos como ejemplo la manera en que los hombres miden y viven su tiempo, dan un ritmo a sus actividades, delimitan los períodos de trabajo y descanso. Al hablar de las innovaciones introducidas en ese terreno en el siglo XIV, Jacques Le Goff señala:

*“Las nuevas mecánicas, hasta Huygens, son frágiles, caprichosas, irregulares. El nuevo tiempo tiene numerosos fracasados y el reloj urbano se rompe a menudo. Más que un instrumento de la vida cotidiana, él es aún una maravilla, un adorno, un juguete del cual se enorgullece la ciudad. Pertenece a la apariencia urbana, al prestigio más que a la utilidad. Aún más, ese tiempo nuevo, nacido ante todo de las necesidades de una burguesía de ‘empleadores’, preocupados, ante la crisis, por medir mejor el tiempo de trabajo que es el de sus ganancias, resulta pronto acaparado por las potencias superiores. Instrumento de dominación, para los grandes señores y para los príncipes constituye objeto de entretenimiento, pero también símbolo de poder. Puede serlo aún más cuando deviene –en un ámbito urbano, pero el de una capital– signo eficaz de gobierno: en 1370, Carlos V ordena que todas las campanas de París se guíen por el reloj del palacio real que da las horas y los cuartos de hora. El tiempo nuevo se convierte así en el tiempo del Estado. El rey lector de Aristóteles domesticó el tiempo racionalizado. Apesar de todas las imperfecciones y los límites de esos cambios, la sacudida*



*del contexto cronológico que conoce el siglo XIV es también una sacudida mental, espiritual”.*<sup>21</sup>

## Es una historia antropológica

Se ve que la problemática del tiempo no se deja encerrar en un campo definido con antelación, pues se sitúa en el punto de intersección de lo económico y lo político, de lo social y lo mental. En tanto objeto estudiado por los historiadores, el *tiempo* es un fenómeno social, total, para usar un término introducido en la antropología por Marcel Mauss. Presenta varios aspectos que se articulan de formas diferentes según las sociedades y las épocas; esas articulaciones y sus cambios se develan al hacer su historia. La mayoría de los fenómenos que interesan hoy a los historiadores podrían dar lugar a observaciones análogas. En particular, la vida de la población de una región o de una ciudad se estudia casi siempre como un fenómeno social total, aunque los autores de la monografías den preferencia a tales o cuales aspectos, a veces porque les interesan más, a veces simplemente porque están mejor ilustrados.

Cualquiera que sea el camino escogido y cualesquiera, las profesiones de fe ideológicas de los historiadores, la historia estructural rechaza de su práctica un determinismo unilateral y simplista que comienza por dividir la realidad estudiada en sectores, para situar a continuación, en uno o en otro, las causas que deben explicar, “en última instancia”, las actividades de los individuos y la evolución de las sociedades. Ella lo

21. J. Le Goff. *Le Temps du travail dans la ‘crise’ au XIV<sup>e</sup> siècle: du temps médiéval au temps moderne*. 1963. (Retornado en *Pour un autre moyen age*. París, Gallimard, 1977, pp. 75-76.)



reemplaza por un juego de interacciones extremadamente complejo, en el cual ningún factor puede aislarse, en tanto variable independiente cuya evolución determinaría la de todas las demás.

Los dos acercamientos que acaban de describirse no parecen opuestos, sino complementarios. El primero, como hemos visto, consiste en tomar una sociedad dada para desprender y analizar sus estructuras; a continuación se plantea la cuestión de su formación o la de su lenta evolución a partir de un estado inicial; se evidencian las fluctuaciones coyunturales que ellas engendran; se trata de mostrar las interacciones de las estructuras, algunas de las cuales refuerzan, otras debilitan al resto. La segunda se concentra de manera preferente en los fenómenos que participan, al mismo tiempo, de estructuras diferentes, y de los cuales se estudian diversos aspectos para hacer explícito el vínculo que los une.

La primera se dedica ante todo a lo constante o que sólo sufre cambios menores a través de oscilaciones encerradas en ciertos límites; cuando aquéllas son traspasadas, puede decirse que las estructuras han cambiado. La segunda compara los estados sucesivos de un mismo fenómeno durante un período muy largo, que a veces va desde su aparición hasta su extinción (es el caso de la historia de la peste en Europa), o desde épocas muy alejadas hasta nuestros días (puede citarse el ejemplo de la historia de la muerte en Occidente).

Esta complementariedad de ambos acercamientos encuentra su confirmación en la existencia de varios trabajos que logran casarlos armónicamente. Sin embargo, ellos apuntan cada uno en una dirección diferente. En el extremo, la segunda se abre sobre un tiempo muy largo, más largo que el de las estructuras. La primera, por el contrario, vuelve a dar una



significación al estudio de un tiempo corto y rápido, abordado en una perspectiva distinta a la que era propia de la historia hecológica.

### Es una historia biológica

Alimentación, *sexualidad*, las actitudes respecto al cuerpo, la muerte, las enfermedades: al interesarse en esos fenómenos se estudian, de hecho, las reacciones de los hombres a coerciones naturales. La historia comienza así a establecer nexos con la biología; al parecer puede preverse que éstos se harán más importantes en los próximos años. Pues, la biología puede ofrecer a la historia los resultados de las investigaciones de esa fuente extraordinariamente rica y hasta ahora, a causa de su incompetencia, descuidada por los historiadores, que es el *cuerpo humano*.<sup>22</sup> Así, al estudiar los marcadores sanguíneos, la hemotipología

*“puede identificar a un individuo por su homotipo (conjunto factores que posee) y una población por una serie de frecuencias de sus genes. Por esas formas de marcar, se posibilita conocer la composición genética de los grupos humanos, seguir su evolución, determinar el sentido y la importancia de los intercambios (y, por tanto, del mestizaje) entre grupos vecinos, reconocer las migraciones, clasificar las poblaciones según su ‘proximidad geográfica’”.*<sup>23</sup>

A través de ciertas condiciones, la hemotipología permite prolongar la historia hacia períodos acerca de los cuales no se dispone hasta el momento más que de informaciones

22. Le debo esta idea a M. Ruggiero Romano.

23. J. Ruffié. *De la biologie á la cultura* París, Flammarion, 1976, p. 387.



muy fragmentarias, sacadas del estudio de restos óseos y de instrumentos. Ella faculta, en particular, dar un sentido histórico a duraciones muy largas, al descubrir hechos de relevancia capital para la historia, como la autonomización del conjunto negroide, que habría sucedido hace aproximadamente 120,000 años, y la separación de los mongoloides y de los caucasoides, que se habría producido hace unos 55,000 años.<sup>24</sup>

Pero puede esperarse que la biología y la antropología física aportarán a la historia mucho más. Ellas abren, en efecto, la posibilidad de introducir plenamente en esta última el cuerpo humano, tal y como la geografía introdujo en su tiempo el medio natural. Una verdadera historia biológica aún sigue siendo una aspiración. Pero se acumulan materiales que un día permitirán quizás realizarla. A partir de los trabajos ya existentes: los de André Leroi-Gourhan, de Jacques Ruffié, de los etologistas, de los especialistas en biosociología y también de los historiadores, puede suponerse que esta historia se ocupará de muy largas duraciones, por decenas de millares de años, si se sitúa su punto de partida en el momento en que la evolución cultural toma de manera definitiva el relevo de la evolución biológica, léase millones de años, si se tiene en cuenta la herencia recibida por *Homo sapiens sapiens* de sus ancestros.

## Estructura y revolución

De todo lo dicho se desprende claramente un rasgo característico de la historia cultural: ella diferencia los objetos que estudia en función de su modo de ser en el tiempo, y les atribuye una importancia mayor mientras más larga resulta su

24. *Ibidem*, p. 398.



duración. Pero, por una paradoja aparente, ese interés por las evoluciones muy lentas conduce a dar una nueva significación a cambios relativamente rápidos, porque se producen en un tiempo mucho más corto que el de las estructuras. En efecto, nunca se habló tanto de *revoluciones* en la historia, como desde el momento en que se produjo la desviación respecto a lo hecológico.

Todo sucede como si esas dos palabras, “estructura” y “revolución”, tuvieran una respecto a la otra una afinidad particular; como si la aparición de la primera debiese provocar, tarde o temprano, la aparición de la segunda, sin que lo contrario fuese cierto. Así, Pierre Toubert, después de haber descrito la estructura del hábitat en el Lacio entre los siglos IX y XII, se pregunta cómo ella se había formado, y responde haciendo la historia del *incastellamento*, que él mismo califica de “revolución”. Igualmente, un estudio de las estructuras demográficas de tipo antiguo conduce a constatar que a inicios del siglo XVIII se había producido en Francia una “revolución demográfica”. Se habla también de revoluciones agrícola, industrial, científica, sin olvidar las revoluciones políticas; esta lista, que comienza con la “revolución neolítica”, habría podido prolongarse fácilmente.

### **Una nueva forma de pensar el concepto “revolución”**

El nexa entre estructura y revolución resulta fortuito. En efecto, toda revolución no es otra cosa que el cambio brusco de una estructura y el advenimiento de una estructura nueva. Tomada en ese sentido, la palabra “revolución” pierde su aura ideológica. Ya no designa una transformación global de la sociedad, una especie de renovación general que relega toda la



historia precedente a la insignificancia, una especie de año cero a partir del cual el mundo se hace radicalmente distinto a como era. Una revolución ya no se concibe como una mutación, si no es violenta y espectacular, por lo menos dramática: con mucha frecuencia ella es silenciosa e imperceptible para aquellos mismos que la hacen; es el caso de la revolución agrícola o de la revolución demográfica.

Ni siquiera es siempre muy rápida; sucede que se extiende a lo largo de varios siglos. Así, como lo muestran François Furet y Jacques Ozouf, una estructura cultural caracterizada por la alfabetización restringida, fue reemplazada por otra, la de la alfabetización generalizada, en el transcurso de un proceso que duró, en Francia, alrededor de 300 años.<sup>25</sup> Igualmente, el paso de un tiempo ritmado por ciclos naturales —es decir un tiempo colectivo—, a un tiempo medido por instrumentos —o sea, un tiempo individual—, se desarrolló durante un período muy largo, que comienza en el siglo XIV para terminarse casi bajo nuestros ojos, con la propagación del reloj en el campo.<sup>26</sup> En ambos casos estamos en presencia de revoluciones, pues los contextos mismos de las actividades humanas se transforman.

Sería, sin embargo, erróneo ver, en esta entrada de las revoluciones en la órbita de la historia estructural, una especie de revancha póstuma de lo hechológico. Se produce lo contrario. El acontecimiento, en el sentido tradicional de ese término, es ahuyentado poco a poco de sus últimos reductos. Una revolución ya no se piensa como una serie de hechos

25. F. Furet y J. Ozouf. *Lire et écrire. L'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry*. Paris, Éd. De Minut, 1977.

26. Cf. G. Thuillier. *Pour une histoire du quotidien au XIX<sup>e</sup> siècle en Nivernais*. Paris-La Haya, Mouton, 1977, p. 205 y ss.



únicos. Es una onda de innovaciones que se propaga a partir de un punto inicial a través de numerosas repeticiones; uno a uno, la gente aprende a leer y a escribir; burgo tras burgo, pueblo tras pueblo, se va multiplicando el número de relojes. Y, justamente, esta cascada de repeticiones interesa en la perspectiva de la historia estructural y no algunos hechos espectaculares pero aislados, o hasta únicos.

Los problemas planteados por la presencia de revoluciones en la historia parecen, pues, ser bien diferentes de los que apasionaban a la generación de nuestros abuelos. Es, en primer lugar, el del punto inicial, del lugar en que la innovación aparece, de aquel o de aquellos que se arriesgan a hacer algo que en la sociedad dada –léase en todas partes fuera de ella–, no había sido hecho nunca. No se trata de psicología individual, aunque los aspectos psicológicos resulten importantes. Se trata de *sociología* histórica: o, en una sociedad dada, ¿es posible una innovación? ¿Qué tipo de innovación es allí lícita y tiene posibilidades de propagarse? ¿Cuáles son los grupos que primero aceptan la innovación y qué razones los llevan a ello? ¿Cómo se propaga la innovación? ¿Qué resistencias encuentra y qué modificaciones sufre por el camino?

Estas cuantas preguntas muestran claramente que, en la medida en que quieren estudiarse las revoluciones –es decir, las innovaciones–, hay que volverse necesariamente hacia las “élites”; esta palabra figura entre comillas, pues designa aquí a las minorías innovadoras y no a los grupos de privilegiados. Hacia las “élites”, pues, y también hacia las actividades que, durante los últimos 30 años, habían sido más bien descuidadas por los historiadores, pues ellas debían depender supuestamente de lo hechológico. La importancia de trabajos como el de François Furet y de Jacques Ozouf, ya citados, reside de manera



notable en que muestran cómo un fenómeno que en sus inicios sólo interesaba a un grupo restringido, se amplía a escala de la población entera, penetra en la textura misma de la vida cotidiana y modifica todos sus aspectos.

En esa misma dirección se orientan los trabajos de Henri-Jean Martin<sup>27</sup> y de otros varios sobre la historia del *libro*. Y es la misma historia de las innovaciones que estudian todos aquellos que trabajan acerca de los medios intelectuales; puede citarse a título de ejemplo el libro de Daniel Roche consagrado a las academias de provincia en el siglo XVIII. Es posible suponer que el redescubrimiento de las revoluciones por la historia estructural conducirá, tarde o temprano, a una renovación de las investigaciones sobre las *ciencias*, las *técnicas*, la *literatura* y *el arte*.

### La nueva tripartición de la historia

Estructuras, coyunturas, lo hecológico: en esta tripartición del *tiempo de la historia* estaba el último término que ofrecía dificultad. El tiempo de las estructuras resulta fácil de definir: es la larga duración, la casi inmortalidad. El tiempo de las coyunturas no lo es menos: son las oscilaciones cíclicas. En cuanto a lo hecológico, sus *status* resultaba más bien enigmático; herencia de la historia tradicional, no molestaba, felizmente, en la práctica, pues era posible no interesarse en ello. Hoy, la manera misma de concebir el tiempo de la historia está cambiando. Junto a la larga duración y a las fluctuaciones cíclicas aparece, en efecto, un tiempo de las innovaciones: un tiempo irreversible y que, al principio local, termina por

27. Véase H. J. Martin. *Livres, pouvoirs et société à Paris Au XVII<sup>e</sup> siècle, 1598-1700*. Génova, Droz, 1969.



convertirse en global, cambiando de naturaleza a medida que se encarna en nuevas estructuras.

Entre los hechos que, hasta ahora, estaban relegados a lo hecológico, una parte depende simplemente de la coyuntura: son todos aquellos que se repiten, aunque no periódicamente y que no modifican las estructuras de las cuales proceden; ejemplo, las batallas entre los turcos y los occidentales desde el siglo XV hasta el XIX. Pero la mayoría de los acontecimientos son innovaciones, a veces fracasadas, a veces formando parte de una revolución que se despega lentamente, para terminarse por el establecimiento de una estructura nueva; ejemplo, los movimientos religiosos a partir del siglo XV, que desembocan en la Reforma. Estructuras, coyunturas, revoluciones: así podría presentarse la nueva tripartición del tiempo de la historia. En ese contexto se plantea los nuevos problemas, cuya solución va a dar trabajo a los historiadores en los años venideros.

